

¿Quién no exclamará con David: en ti, Señor, he puesto mi esperanza, y jamás me veré confundido? (1) Solo el pecado puede interponerse entre Dios y nosotros, amenazando privarnos para siempre del bien que esperamos; pero este Sacramento, dice el Concilio de Trento, es el antídoto que nos preserva de los pecados mortales, y nos libra de los veniales (2); es, dice San Ignacio Mártir, medicina de inmortalidad (3); y por su medio, Cristo reprime la fuerza de las pasiones, robustece á los débiles, y calma toda agitacion en el alma (4). Recibamos, pues, ese pan divino que, fortaleciéndonos como á Elías el que le dió el ángel, nos hará subir al monte de la vision, para alcanzar la herencia incorruptible que, San Pedro dice, está reservada para nosotros en el cielo (5). Unámonos á Jesucristo en la Eucaristía. Con noble aspiracion busquemos el término á que nos lleva, sigamos el camino que nos traza. El camino es el sacrificio de todo por la virtud: él nos hará héroes, nos hará santos. El término es el cielo, es Dios, para quien fuimos criados, y á quien nos lleva la esperanza sostenida por la fe y por el amor: él nos hará felices, nos hará eternamente gloriosos.

(1) Psalm. XXX, 2.

(2) Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemus. (Conc. Trid., ses. 12, cap. 2.)

(3) Pharmacum immortalitatis est, antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Jesu Christo. (S. Ignat. M., Epist. ad Ephes.)

(4) Christus in hoc Sacramento sævientem membrorum legem sedat, collisos redintegrat, perturbationes animi extinguit. (S. Cyrill. Alex., lib. 4 in Joann., cap. 17.)

(5) I Petr. I, 3, 4, 5.

CUARTO SERMON.

La felicidad en la union con Dios: el amor, lazo de esta union. La Eucaristia, Sacramento de amor, fuente de felicidad.

*Cum dilexisset suos, qui erant
in mundo, in finem dilexit eos.*

(Joann. XIII, 1.)

SENOR, oi tu palabra, y temí; consideré tu obra, y quedé pasmado (1). Así exclama, Señores, el Profeta contemplando en vision sublime el misterio del Verbo unido á la naturaleza humana en la Encarnacion, y entrando en la carrera de las humillaciones y del sacrificio desde su nacimiento en la cueva de Belén (2). Mejor podemos nosotros repetir esas palabras contemplando las admirables armonías del Sacramento Eucarístico, en que Cristo renueva su encarnacion, perpetúa su sacrificio, y llevando al último extremo su inefable dignacion, alimenta al hombre de sí mismo para realizar el designio del Padre, de restaurar en él y por él todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (3). Esta restauracion del

(1) Habac. III, 2, in versione Septuag.

(2) ¿Quid enim hoc est, nisi præcognitæ, novæ ac repentinæ salutis hominum ineffabilis admiratio? (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, cap. 32.)

(3) Ephes. I, 10.

hombre principia en el conocimiento de Dios, y Cristo se lo da por la fe, de la cual este Sacramento es el misterio más consolador. Se apoya en la esperanza de la gloria, á la que se camina por el sacrificio; y Cristo le da en la sagrada Eucaristía la prenda de esa gloria, el modelo del sacrificio, y la gracia necesaria para abrazar este y llegar á aquella. Se consume con la caridad que une á Dios, y Cristo le da en este Sacramento la fuente de la caridad, y el medio más cierto y eficaz de unirse á Dios. Este último es el punto de vista bajo el cual hemos de considerarle hoy. Yo quisiera, hermanos míos, tener mis labios purificados y mi lengua abrasada con aquel carbon encendido y seráfico que purificó los labios de Isaías, para explicar las inestimables riquezas de la inmensa caridad de Jesucristo con los hombres. Yo quisiera mi corazon abrasado con un celo y ardor cual se requiere para celebrar el infinito amor de Jesucristo. Solo el amor puede hablar de los misterios del amor, y este misterio se llama el misterio del amor por excelencia: en él, como dice Tertuliano, llegó Jesucristo á la consumacion de la caridad (1), derramando, añade el Concilio de Trento, todas las riquezas de esa caridad sobre nosotros (2). En su omnipotencia no pudo darnos más, exclama el grande Agustino; en su sabiduría no supo hacer más; en su riqueza sin fin y en su amor inmenso, no le fué posible llegar á más para hacernos felices (3). Porque ese Sacramento es la felicidad del hombre, el bien sumo dado

(1) Sublimatus est in consummationem. (Tertul. adv. Judæos, cap. 14.)

(2) Sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui erga homines amoris velut effudit. (Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.)

(3) Dicere audeo quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. Aug., Tract. 26 in Joann.)

á cada uno en la tierra de una manera misteriosa pero real, preludiando la posesion del mismo bien en el cielo, de una manera clara, perfecta y eterna (1).

Hé aquí el término de la grande obra de Jesucristo, el término de la restauracion, la union del hombre con Dios para ser inmensamente feliz. Sentemos una proposicion. La felicidad del hombre está en Dios, se logra por la union con él, y el lazo de esta union es el amor: primera parte. La sagrada Eucaristía, Sacramento todo de amor y vínculo de caridad, es la fuente inagotable de esa felicidad, haciendo que por la Comunión el hombre viva de Dios, sea como Dios: segunda parte.

PRIMERA PARTE.

El hombre, Señores, ha nacido para la grandeza, para la felicidad, y con todas sus fuerzas aspira siempre á ella. Esta aspiracion generosa, efecto de la semejanza de Dios que hay en el hombre, forma la pasion universal (2). Es la pasion que resume y comprende en sí todas las demás pasiones, las engendra, las fomenta y las mantiene todas; ella es el móvil de todas las acciones, de todos los deseos. ¿Y qué es la felicidad? ¿En qué consiste? En la posesion de un bien que á la vez sea verdad, belleza y bondad, para satisfacer cumplidamente las necesidades del hombre y abarcar toda su vida; para llenar

(1) Panem angelorum sub sacramento manducamus in terris; eundem sine sacramento manifestius edemus in cœlis. (S. Ciprian. Serm. de Cœna Dom.)

(2) Omnes una voce si interrogari possent, utrum beati esse vellent, sine ulla dubitatione, velle, responderent. (S. Aug., Confess. lib. 10, cap. 20.)

las nobles aspiraciones de la inteligencia, los generosos deseos del corazón, y el hambre insaciable de gozar que acompaña siempre á la criatura.

Ahora bien, entregado el hombre á sí mismo, ¿descubre ese bien, esa felicidad á que aspira? No, Señores. Desde el día en que las pasiones se sobrepusieron á la razón y los deseos del hombre se desordenaron, perdió la luz y se quedó en tinieblas, perdió el gusto y el conocimiento de Dios, desconoció el mal hasta el punto de colocarlo en el lugar del soberano bien, hasta el punto de divinizarlo. Los filósofos se afanan por descubrir la esencia de ese bien, que todos buscan y nadie encuentra. La cuestión del bien sumo ha sido la más agitada en la antigüedad pagana y en la filosofía moderna; porque la cuestión de la felicidad sale de las entrañas de la humanidad. San Agustín nos dice en su Ciudad de Dios, que Varrón contaba más de doscientas ochenta sectas, entre existentes y posibles, sobre la esencia de ese bien (1). Sócrates y Zenón la colocan en una virtud indefinida; Epicuro la cifra en los deleites; Pirron en la exención de todo deber, en una vida de instinto; Epicteto en una paz inalterable, fruto de una insensibilidad perfecta (2); Séneca, remontándose sobre los demás, dice que el hombre no saldrá de su abyección si no se eleva sobre la humanidad; y otro filósofo califica de imposible la felicidad para el hombre, mientras Dios no le dé la mano, y aquel, renunciando á sí mismo

(1) Marcus Varro has quatuor adhibens differentias.... ad sectas ducentas octoginta octo pervenit; et si quæ aliæ possunt similiter adjici. (Id. id., lib. 19, cap. 2.)

(2) ¿Quid dicitis, Epicurei? ¿Quæ res facit beatam vitam? Respondent: voluptas corporis. ¿Quid dicitis, Stoici? Respondent: virtus animi. (Id. Serm. 150, de Script., in cap. 17 Act. Ap.) Balmes, Historia de la Filosofía; Aug. Nicolás, Estudios, part. 2, cap. 3.

y á sus propios medios, no se deje ayudar y conducir por medios puramente celestiales y divinos (1). Es decir, amados míos, que el hombre siempre estará desordenado, siempre caminará á tientas, como un ciego, mientras una luz superior no le descubra el soberano bien, objeto de sus constantes deseos (2).

Pasemos adelante. Para satisfacer esta pasión suprema, necesita el hombre medios proporcionados á la naturaleza del bien á que aspira. No siéndole conocido este bien, tampoco puede alcanzar los medios de encontrarlo; y siguiendo las ideas equivocadas de su razón, dominada por el apetito, se entrega á las criaturas. No ve sino á ellas, y á ellas pide auxilio; y amontona riquezas, y aspira á la soberanía, y se engolfa en la sensualidad. ¿Logra su deseo? No, Señores: las criaturas son impotentes para producir la felicidad.

Lo que busca el hombre, su aspiración, es, repito, la posesión de un bien que satisfaga todas sus necesidades. Ese bien, por lo mismo, ha de ser universal; solo así puede hacer felices á todos. Ha de ser eterno; si no lo es, el temor de perderle priva al hombre de la mejor parte del placer de gozarle. Ha de ser inmutable; de otro modo no descansará el hombre en su posesión (3). Ha de ser, finalmente, infinito: el corazón no se contenta con lo que tiene límites; siempre tiene hambre, y cuando encuentra y posee un objeto, no queda satisfecho si le ve un término, porque el deseo no le tiene, y

(1) Montaigne, citando á Séneca en sus Ensayos, lib. 2, cap. 12.

(2) Platon, Apología Socratis.

(3) Si quis beatus esse statuit, id eum sibi comparare debet quod semper manet, nec ulla sævientia fortuna eripi potest.... Qui timet, videtur tibi beatus esse? Non videtur. Ergo quod amat, si perdere timet, non potest beatus esse.... Amitti possunt illa fortuita; non ergo hæc qui amat et possidet, potest ullo modo esse beatus. (S. Aug. de Vita beata, cap. 2.)

necesita un objeto sin fin que le sacie, que le llene, que le extinga, no dejándole en qué ejercitarse (1). ¿Puede el hombre, entregado á sí mismo, y sin otros medios que su razon y las criaturas, encontrar ese bien necesario para satisfacer una pasion inmensa? No: ni las riquezas le satisfacen, porque no las posee todas; ni los placeres le sacian, porque se acaban; ni el poder es bastante, porque no le libra de sus miserias; ni los honores y los aplausos contentan su corazon, porque siente y teme la envidia, y porque nada le dan de positivo. Todos estos bienes afectan al exterior, al cuerpo, á la imaginacion tal vez; pero al fondo del alma, á esa region superior, no llegan: la materia no penetra tanto. Sus apetitos irritados excitan al hombre; las pasiones le arrastran; el vacío que hay en su corazon es preciso llenarlo; y en su frenesí se entrega á todo, lo prueba todo. San Agustín nos ofrece un ejemplo en sí mismo. Leed el sublime libro de sus Confesiones, y lo vereis. Su sabiduría le atrajo los aplausos, los honores y las riquezas: esto no llenó su corazon. Buscó los placeres, y se entregó á la sensualidad y al libertinaje: gozaba un momento, y se desesperaba porque no podia gozar más. Buscaba en su imaginacion de fuego mayores estímulos á todas sus pasiones, pero en vano; su corazon nunca se llenaba; el vacío era cada vez más horroroso. Y esto es, hermanos míos, lo que sucede á todo hombre entregado á sí mismo para satisfacer su gran pasion. Hambriento de felicidad la pide á los sentidos en el placer, á la tierra en sus producciones, á los metales en su brillo, á los hombres en sus homenajes, á las mujeres en su amor. La satis-

(1) Tantæ dignitatis est cor humanum, ut nullum bonum præter summum ei sufficere possit. (Id.)

faccion de su orgullo, la hartura de su avaricia, la embriaguez de su lujuria son su ley, su aspiracion, su bello ideal. Pero ¿cuándo se satisface? Nunca, Señores, nunca. Un instante goza, un momento se embriaga, y exclama: ¡Soy feliz! No le creais: es mentira. Esperad, esperad un instante: dejad que desaparezca de su vista el objeto que producía su efimera ilusion, que cese la momentánea agitacion de su sangre, cuyo hervor levantaba un vapor fugaz que, envolviendo su alma como en una niebla, se lo vestía todo con los colores del iris, y todo se lo presentaba bello: aguardad á que los sentidos vuelvan á su calma, que se desvanezca el vapor, que descienda del mundo de la imaginacion y de las ilusiones, á la vida positiva: es un instante; vedle; acabó el encanto. Aquel hombre ya no goza; ya no se llama feliz; tiene otra ved sed de placeres, tiene hambre de otros goces que vuelvan á agitar su naturaleza, y la agitan destruyéndola. Es decir, que el hombre, para gozar lo que él llama felicidad y placer, el placer que por sí solo puede alcanzar, ha de perder necesariamente la dulce calma del corazon. Cuando esa calma se restablece, acercaos á su corazon; golpeadle; el golpe resonará en una cavidad vacía: aplicad el oido; percibireis primero un murmullo, luego una voz clara que sale de su cavernoso fondo, gritando: *Afferte, afferte*; dadme, traedme más, salgamos de nosotros mismos, embriaguémonos, y en esta embriaguez gocemos (1). Lejos de ser el dueño, es el esclavo; y arrastrado constantemente por sus pasiones que le tiranizan, pierde con frecuencia su honor, aniquila su salud, degrada su sér, corrompe cuanto toca, siembra su camino de víctimas que le maldicen, y á

(1) Sap. II, 6; Isai. LVI, 12.

quienes desprecia y aborrece despues de haber creido amarlas. Así acaba su agitada vida; y al llegar á su término, ¿qué es lo que encuentra? ¿Ha llenado la medida de sus deseos? Tal vez ni un dia entero se ha visto satisfecho. Al hombre, nada de terreno puede satisfacerle. El corazon, dice hablando de sí mismo San Agustin, que lo probó todo, el corazon del hombre siempre está inquieto hasta que descansa en el soberano Bien, término legítimo de su deseo de felicidad: ese término legítimo, ese Bien soberano, es Dios (1).

¿Quereis oirlo de boca de un hombre de nuestros dias, que lo dijo en ocasion solemne en la cátedra de la verdad, ante muchos de sus antiguos compañeros? Escuchadle. «He corrido el mundo, le he conocido, le he amado, y he aprendido una verdad, y es, que nadie en él posee la felicidad. Yo la he buscado, y para encontrarla he recorrido las ciudades, he atravesado los reinos, he surcado los mares; la he buscado en las noches poéticas de un clima delicioso, en las limpias aguas de los lagos suizos, en los espectáculos más grandiosos de la tierra; la he buscado en la vida elegante y franca de los salones, en festines suntuosos, en el aturdimiento de las fiestas y bailes; la he buscado en la posesion del oro, en las emociones del juego, en las ilusiones de la novela; la he buscado en las doctrinas y utopias sociales, en la satisfaccion del amor propio y de una ambicion desmedida, y en los goces del amor; la he buscado en la gloria del artista, en la fe de un amigo, y en la intimidad de los hombres célebres. ¿Dónde no he buscado, Dios mio, ese

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. August., Confess. lib. 1, cap. 1.) Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem feceris, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem quiddam te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi. (Id., lib. 13, cap. 8.)

ídolo de mi corazon, ese ensueño de todos los dias y de todas las horas? ¡Ay! en ninguna parte lo he encontrado. Y vosotros, amigos míos, ¿habeis hallado esa felicidad? ¿No os falta nada? ¡Ah! paréceme que aquí, como en todas partes, oigo levantarse del fondo de los corazones un lúgubre concierto de gemidos y de quejas: paréceme que de vuestros corazones se escapa el grito unánime de la humanidad: ¡Felicidad, felicidad! ¿Dónde estás, dime, dónde estás y lo sacrificaré todo por ti; salud, fortuna, dias de mi vida, todo para ti..... Yo la he encontrado, por fin, y vengo á decíroslo para que la encontréis como yo. Para que nuestro corazon sea feliz, necesita de un bien incorruptible, inalienable, infinito, eterno, que reuna en sí todas las perfecciones sin mezcla alguna de imperfeccion. Ya podeis comprenderme; vuestra misma razon lo dice: no hay más que un bien de esta naturaleza; ese bien es Dios. Yo lo he encontrado; y, sabedlo, sobreabundo de gozo, mi corazon está colmado de felicidad; mi pecho ya no puede contener este volcan, y os convido á que tomeis parte en esta dicha que me inunda.» Así habla, Señores, ese hombre que ayer brillaba en la sociedad parisiense, en sus salones, en sus teatros, y hoy vive en el cláustro de los hijos del Carmelo: se llama Agustin del Santísimo Sacramento; antes le llamaban Hermann Cohen (1).

Dios, Señores; hé aquí el sumo bien, el bien único, la suprema felicidad. ¿Quién se lo mostrará al hombre, quién le conducirá á él? El Catolicismo; solo el Catolicismo. Ved cómo lo hace. El hombre ha nacido para la felicidad; debe aspirar á ella. El hombre no puede vivir

(1) Sermon predicado en la Catedral de Burdeos en 10 de Noviembre de 1853, y en la iglesia de San Sulpicio en París en 1854.

sin pasiones: el catolicismo no condena las pasiones, que son como los coadjutores de la gran pasión de la felicidad; para quitárselas, fuera menester arrancarle el corazón. Lo que hace es restablecer la armonía que destruyera el pecado, desordenando y desviando de su fin legítimo las pasiones. La felicidad requiere como base la paz y el orden; el orden reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo: la armonía se funda en la gradación. El hombre, ser compuesto de dos partes enteramente distintas, aunque misteriosamente enlazadas, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, es un pequeño compendio de todos los seres, un mundo en miniatura (1), en que se juntan una imagen de Dios, que es el alma, y una imagen de los seres materiales, que es el cuerpo. El alma, como espíritu é imagen de Dios, es superior al cuerpo; y para que haya gradación, armonía y orden, preciso es que el alma domine al cuerpo, instrumento que Dios le ha dado para ejercer sus nobles funciones y elevarse á la grandeza. A su vez el alma ha de estar subordinada á Dios, que es su Creador, su principio y su fin.

Considerando al hombre de esta manera, le dice el Catolicismo: ¡O hombre! Tú has nacido para la grandeza y la felicidad, y á ella debes aspirar sin descanso. Si tu cuerpo te hace igual al bruto, tu alma te eleva y te hace superior á todo lo visible. No fijas en esto el corazón, porque todo es menos que tú, y te degradas uniéndote á ello. Eres imagen de Dios, que te ha dado parte de su inteligencia, de su amor, de su misma vida. Busca, pues, un término digno de tu inteligencia, de tu amor, de tu vida. Busca un bien que sea más que tú,

(1) In homine collecta est omnis creatura, et ideo microcosmos. (S. Thom. Villan., Serm. 3 in Nativ. B. M. V.)

que pueda dar algo superior á lo que tú tienes en ti mismo, para que te eleves á su altura. Ese bien, ese término solo es Dios, el eterno, el inmutable, el infinito, la verdad, la belleza, la bondad por esencia (1). Tú has nacido para él, te dice San Agustín; has nacido para conocerle; conociéndole, amarle: amándole, poseerle; y poseyéndole, gozarle (2); y de este modo satisfacer el hambre de tu inteligencia con la verdad eterna, los deseos insaciables de tu corazón con el amor infinito, y las aspiraciones de todo tu ser con la bondad esencial y sin límites. Para que le conozcas te ha dado la razón; y porque esta se ha oscurecido, te ha otorgado misericordioso otra luz, otra ciencia superior, la fe con la revelación de sus atributos y grandezas. Para que le ames te ha dado el corazón, que no puede vivir sin amar; para que le busques y le merezcas, te ha dado el alma y el cuerpo; para que te eleves sobre las criaturas, te ha dado esa noble ambición de grandeza; para atraerte por el engrandecimiento, te ha enriquecido con sus dones; para que aspirees á él con ferviente deseo; para que te goces en él, te ha infundido ese anhelo de perfeccionarte en todo, esa gran pasión de amar, que él solo puede satisfacer. Todo te lo da; todo es tuyo (3); y solo pide tu amor, que seas de él y para él (4).

¡Qué sublimidad, Señores, cuánta grandeza hay en esta doctrina, que en nada se aparta de la naturaleza

(1) Non est creaturæ rationalis vel intellectualis bonum quo beata sit, nisi Deus. (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 12, cap. 1.)

(2) Fecit Deus rationalem creaturam quæ summum Bonum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, et possidendo frueretur. (Id. de diligendo Deo, cap. 2.)

(3) I Corinth. III, 22.

(4) Deut. XXVI, 18; Prov. XXIII, 26.